

A la manera de Groucho:

La sonrisa de la desilusión

Brenda Ríos

LA RISA ES UN MODO DE OCULTARSE. Lo sabemos porque somos capaces de ver en las máscaras del teatro los gestos que importan. O uno es feliz —o camino a serlo— o se intrinca en las redes de varias tristezas e inconformidades. De esto último trata este libro que pretende ser de ensayos —y *memoir* según la cuarta de forros— y que se transforma en un *collage* de autorretratos del autor. El equivalente a poner su nombre probando la letra que mejor le quede en un cuaderno mientras un maestro al frente habla de historia o de teoremas o de cualquier cosa. Una cruzada a lo Frida Khalo: una y otra vez: a ver cómo salgo aquí, qué tal así o asá. Y ahora los changuitos a los lados. Ahora con este traje típico. Y el dolor que se adivina la vuelve a Frida mito, y la vida que sospechamos la vuelve mito. Y ella no es una pintura, es su nombre como marca propia.

Mientras tanto, entre dos países, el ensayista juega a recortarse y decir “este soy yo, y no siempre me río porque no sabría por dónde empezar a contar”. Espinosa Estrada es un autor que uno quiere tener como amigo porque podríamos llevarlo a las fiestas y nuestros amigos cercanos tendrían envidia de un amigo así: culto, melómano, megalomaniaco, psicológicamente desnudista —como él mismo dice—, arrogante, con un algo de pretensión que en él se vuelve —curiosamente— una especie de

Horse feathers (1932), Groucho Marx (Getty Images Latin America)

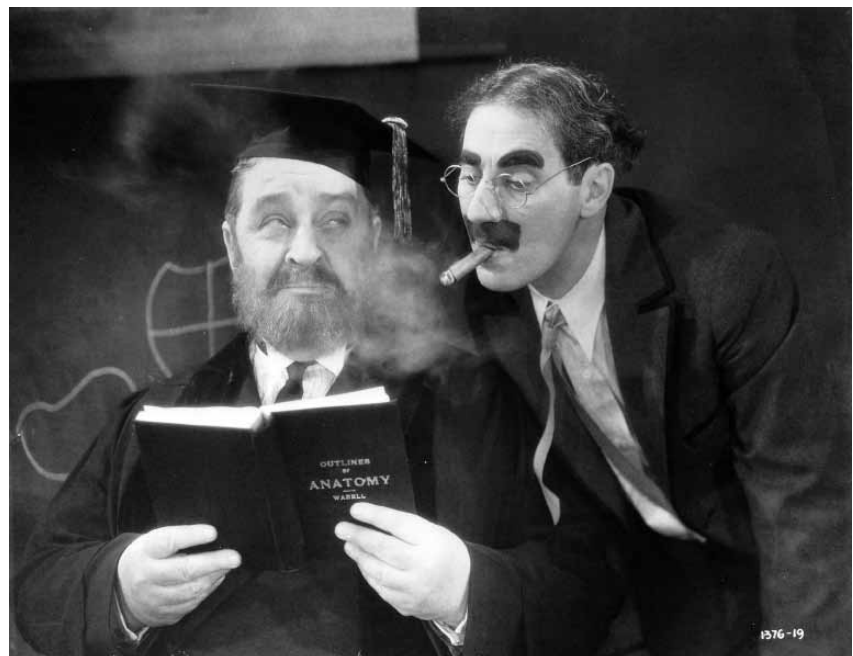


vulnerabilidad. Bilingüe, bicultural, estrámbotico, Espinosa Estrada pertenece a la simbología de una postal bostoniana: lo imaginamos frente al bar con camisa a cuadros, chaleco de lana, en la mano la cuerda con la que lleva a Capuchino —su perro— a la caminata vespertina y pensando, cual Fraiser en esa ciudad, en el país de origen, en el amor, en los porqués extraños de todo, en la búsqueda execrable de la felicidad.

Su voz parece la de un viejo amargo —cerca del final de una vida compleja— hablando de sus exmujeres, sus exdepartamentos, exhábitos, exmascotas y exfantasías. Regresé a buscar dentro del libro el dato de su edad: 34 años (ceja alzada). Luego parece lo contrario: un joven que se niega a dejar de serlo y se aferra a los símbolos de su generación, los hitos de la literatura, la música y la televisión. La antena parabólica de su adolescencia —símbolo de estatus, dice— marcaría su vida como si fuera una comedia de risas grabadas: entra a escena, dice lo que todos esperan que diga, el escenario es el mismo y otorga estabilidad a quien vive y a quien lo mira vivir. Los temas son, pues, de origen diverso: la comedia, las series de televisión, los libros, la procreación, los comediantes, la religión, las comedias románticas, Edward

Grieg, Rockwell; ensayos de lugares comunes que son tan comunes que uno pasa de largo si no es atento. Y resulta que no, esos lugares de siempre dicen también algo más: pretenden en su invisibilidad ser algo más. Lo que resulta tremendamente atractivo de este libro es su autoescarnio y su ridiculez mostrada: los huesos de alguien que ríe no son estáticos. La contorsión de esta risa no es ni bajtiniana ni quijotesca: es una risa que viene del desamparo y del sarro pegado al grifo de la conciencia, la cochambre de pensar exactamente las mismas cosas sin poder cambiar nada.

No puede uno dejar de sonreír en solidaridad, como cuando a un amigo le pasan cosas penosas y uno sonríe tratando de no sonreír. El ensayista es protagonista de un diario lejos del cinismo: es tan abierto como podemos leerlo, semióticamente abierto; y nos gusta este interior de un hombre viejo-joven metido en sus decisiones de vida, en sus contradicciones, en el regodeo de sus fracasos. El ensayo es lo que mejor le queda a un personaje así: si viniera de la ficción podría ser el resultado de un amasiato de un Kennedy Toole con Woody Allen, si ya podemos verlo pequeño y tembloroso como *french poddle* en auto, pero al mismo tiempo posee una seguridad absoluta de su genio



Horse feathers (1932), Groucho Marx (Getty Images Latin America)

La sonrisa de la desilusión
 Guillermo Espinosa Estrada,
 México, Tumbona Ediciones/
 DGP-Conaculta
 Colección Derivas, 2011, 112 pp.



que uno dice “claro, es verdad. No podría ser de otro modo.” Y de eso se trata: de que los ensayos revelan temas de arte y literatura, y de un sujeto desgarrado buscando en el tema de la risa irónica, en la mueca, un algo que lo justifique, le dé marco y consuelo, ¿por qué no? La risa no viene siempre de la empatía, de reconocer el chiste de algo, viene también de la incomodidad, de la distancia y de la incomprensión.

Por eso, si es verdad o no lo que se cuenta aquí, no tiene importancia. Importa sobre todo la sensación que surge de imaginar todo lo que aquí pasa y, en su caso, las cosas que cuenta a medias. Un relato de vida fantástica. Mi favorito es un pasaje místico: Espinosa Estrada se transporta en un tren nocturno hacia Roma y conoce a Ulrich, con quien establece empatía de un modo sorprendente. Dice que no cree en Dios. Ulrich le dice que, entonces, como no cree en Dios tampoco cree en el Diablo. Hasta aquí la lógica. Ulrich le propone, pues, comprarle su alma: le muestra su cartera, espera su respuesta; ahí acaba todo. Por alguna razón desconocida, él, incómodo, no contesta. Ulrich concluye: “¿verdad que no es tan fácil”. Fin de la historia. Ahora, por un puente extraño vino a mi memoria el capítulo donde Bart Simpson vende su alma y —como carece de ella— no puede reírse. Quizá Espinosa Estrada sabía eso de antemano: hallarse sin alma no es esperar el cobro final, la escena fáustica. Es perder la capacidad de la risa. Nos queda especular, por supuesto, porque qué más da... porque no tenemos nada que hacer y llueve y este libro nos acompaña y no nos da fe ni alma ni nada de eso. Se trata de un divertimento. Pero eso sí, un divertimento honesto, un contacto imaginario con quien escribe y a quien dan ganas de arrojarle un pastel al rostro, después de que él hizo lo mismo con nosotros: “el ensayo se convierte entonces —concluye— en el testimonio de una caída, el itinerario de un fracaso.” 